

Aguas aéreas

Rubén y Federico

David Huerta

RD 18 DE ENERO DE 1867 - 6 DE FEBRERO DE 1916
FGL 5 DE JUNIO DE 1898 - 19 DE AGOSTO DE 1936

Hace cien años, en 1916, murió Rubén Darío. Hace 80 años, en 1936, fue asesinado Federico García Lorca: *el crimen fue en Granada*. Ambos murieron jóvenes: Darío había nacido en 1867, de modo que falleció a los 49 años de edad; García Lorca tenía 38 años en 1936. Rubén Darío desapareció en plena guerra mundial, la llamada Gran Guerra (1914-1918); García Lorca, en el despuntar de la Guerra Civil española, el laboratorio de sanguiñaria experimentación para preparar el terreno de la Segunda Guerra Mundial, herencia de las condiciones creadas por los tratados de Versalles.

Casi treinta años separan en el tiempo, y en el devenir de las generaciones, a estos dos poetas. La precedencia de Darío lo convirtió, naturalmente, en maestro, pero ahora, cuando leemos los poemas de ambos, no cuesta ningún trabajo imaginarse una “influencia” de García Lorca en Darío: basta aceptar un sentido inverso (de futuro a pasado) en la dirección de la “flecha del tiempo”.

Todo lo anterior son un puñado de datos históricos y biográficos, acompañados de una conjetura diminuta, acaso de una módica y disculpable extravagancia: la influencia de García Lorca en Darío. Más allá de ellos —los datos y la conjetura— se dibuja el esplendor, a veces oscuro, de los poemas. Este nicaragüense y este español forjaron poemas depositados en la memoria de multitudes, e innumerables versos, inscritos imborrablemente en la imaginación de sus admiradores. Esos poemas existirán y serán recordados mientras exista la lengua es-

pañola, pues forman parte de su corazón, de su médula, de su centro gravitacional, de sus veneros profundos.

Los grandes poetas modifican hondamente, y recrean, el lenguaje de su época. El andaluz y el centroamericano fueron creadores y renovadores del idioma; fueron artistas visionarios y sus palabras han sido leídas, declamadas, memorizadas, examinadas, atacadas también, y admiradas y amadas por varias generaciones, desde el pasado siglo hasta los primeros lustros del nuevo milenio.

Un tercer poeta los une y al mismo tiempo los distingue; un andaluz, como García Lorca: Juan Ramón Jiménez. Él, joven discípulo a principios del siglo veinte, ayudó al maestro Darío a preparar los *Cantos de vida y esperanza* (1905), libro fundacional, y alentó al joven García Lorca con el ejemplo y el consejo. Más adelante, Juan Ramón sería la referencia obligada (y contrariada) de los “poeta comprometidos” encabezados por Pablo Neruda en los años treinta; el chileno sería el rival acezante y levemente maligno de Jiménez, quien tuvo la generosidad de recomendar para el premio Nobel a su enemigo, poco tiempo después de recibirlo él mismo, en 1956 (Neruda lo recibió en 1971).

En 1934, Neruda y García Lorca brindaron por Darío en una reunión literaria de la ciudad de Buenos Aires. Me he ocupado de esa celebración en esta misma columna, hace ya cinco años. Únicamente quiero, ahora, poner de resalto, nuevamente, el “internacionalismo poético” del brindis de 1934: un español y un chileno brindan por un nicaragüense en la capital argentina. Me parece una estampa, ejemplar e inspiradora, del necesario diálogo de España y América.

Otro gran poeta, Antonio Machado, está presente en el recuerdo de García Lorca y de Rubén Darío. En 1916 escribió un poema de homenaje a Darío; de esa pieza elegiaca se extrajeron dos versos y se trasladaron a la tumba del nicaragüense para ser grabadas en el epitafio: “nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo, / nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan”. Machado compuso también un poema cuando se enteró de la muerte de García Lorca: “El crimen fue en Granada”. Esos vibrantes versos machadianos de 1936 permanecerán en el corazón trágico de la historia del siglo veinte.

Tenemos, así, un puñado de nombres en los cuales se pueden distinguir, entender e interpretar los muchos signos de la poesía moderna en lengua española: Rubén Darío, Antonio Machado, Federico García Lorca, Pablo Neruda, Juan Ramón Jiménez. Una estrella de cinco puntos y de irradiaciones diversas, variables; de mutaciones múltiples y de larga descendencia.

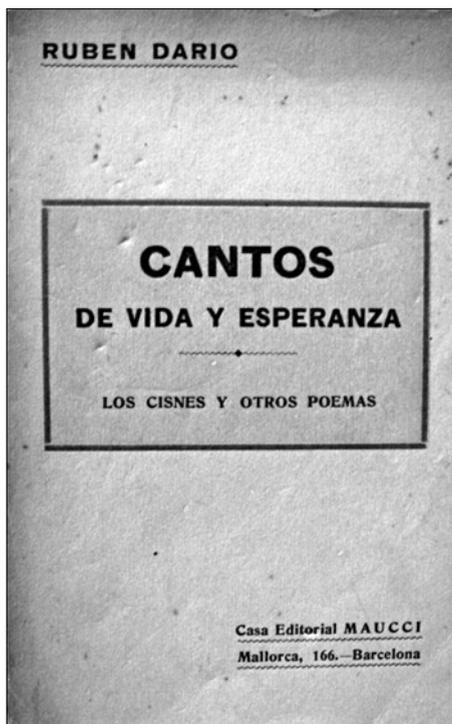
Rubén Darío se extinguió, luego de una vida agitada e intensa, en la ciudad nicaragüense de León. Cómo murió, pero sobre todo cómo había vivido, puede averiguarlo uno si lee las páginas de la extraordinaria biografía dariana de Edelberto Torres, una de cuyas virtudes cardinales es no perder de vista, en ningún momento, los versos del poeta, conforme da noticia de su “residencia en la tierra”. Pocos minutos después de muerto Darío, se decidió practicarle la autopsia y extraerle el cerebro para tratar de entender, se dijo, el origen material de tantas imaginaciones, fábulas y prodigios. Tal es el punto de partida, la imagen inicial, de un poema mexicano:

el impresionante “Responso por un poeta descuartizado”, de Efraín Huerta.

Desde luego, los poemas dedicados a Rubén Darío forman multitud. Destaco el de Huerta por una razón a la vez curiosa y de alcances interesantísimos, en mi opinión: se trata, en alguna forma, del último gran poema modernista de América Latina. Sus imaginaciones, sus recursos retóricos, su temperatura espiritual, su clima emotivo, las palabras de sus versos y la andadura simbólica, alegórica y metafórica entretrejida en sus voces y sonidos van dibujando un poema salido directamente de la memoria viva de su protagonista, un hombre en trance de morir. Efraín Huerta lo fechó el 19 de enero de 1967, cien años y un día después del nacimiento del poeta en Metapa. El cerebro de Darío (“*mil ochocientos cincuenta gramos: tonelaje de poeta divino, anchura de navío*”) está en el centro de la elegía huertiana como una criatura sublime; he aquí los términos de esas comparaciones exaltadas: el cerebro de Darío es “como un sol escarlata”, “un sol de esmeraldas”; es como “la mansión de los dioses, como el penacho de un emperador azteca, de un emperador inca, de un guerrero taíno”. El “Responso por un poeta descuartizado” tiene un ritmo ascendente, percutivo, de tonos ásperos. Los largos versos avanzan hacia una consumación misteriosa: aparece allí una “sombra de recinto”, trémula y fragilísima morada de los poetas vivos y los poetas agonizantes.

La puntual documentación histórica en el poema de Huerta procede de las páginas de Edelberto Torres. El poeta mexicano utiliza las noticias de Torres y las sitúa en medio de un despliegue verbal surgido de la poesía de Darío; aparecen allí —como las criaturas alrededor de don Quijote en el grabado de Doré— “perros, orgías, vino griego, prostitutas francesas, donceles y príncipes”. La puesta en escena es plenamente modernista. Efraín Huerta no escribe desde fuera de Darío, sino *desde dentro*: por eso he hablado, líneas arriba, de ese “Responso” como un poema modernista, acaso el último.

Federico García Lorca fue sacado violentamente de una casa granadina donde se



había refugiado, llevado a un camino vecinal y ejecutado allí con lujo de crueldad. El biógrafo inglés de García Lorca, Ian Gibson, ofrece a la curiosidad de los lectores todos los pormenores documentales imaginables, recabados por él a lo largo de muchos años. La acusación de los franquistas asesinos era triple: el poeta era “homosexual, socialista y masón”, todo un programa sinóptico para identificar enemigos. Antonio Machado expresó como nadie, con las palabras justas de tristeza e indignación, la conmoción desatada por la muerte de aquel joven luminoso, lleno de brío y de talento para el teatro, la música y sobre todo la poesía.

Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos;
rezaron: ¡ni Dios te salva!

Las rimas asonantes, *a-a*, comienzan con la palabra “Granada” en el título: “El crimen fue en Granada”. He aquí la lista de esas palabras rimadas: (calle) *larga, madrugada, asomaba, cara, salva, entrañas, Granada*, en la primera parte del poema; *guadaña, fraguas, escuchaba*, (secas) *palmas, plata, faltan, besaban*, en la segunda parte, en cuyo final se interrumpen las

rimas, cuando se enciende el extraño requiebro dirigido por el poeta asesinado a la muerte:

Hoy como ayer, gitana, muerte mía,
qué bien contigo a solas,
por esos aires de Granada, ¡mi Granada!

La tercera parte tiene solo tres palabras rimadas: Alhambra, agua y Granada. Cada una de ellas y todas juntas son un poema entero: un leve poema *granadino*, engastado en la elegía tremenda. Examínense algunas de las voces de las primeras dos partes; de ahí puede extraerse otro poema, hecho de poderosos sustantivos: *madrugada, entrañas, guadaña, fraguas*, por ejemplo. Palabras para la perduración y la gloria, para la conciencia trágica; para el tiempo de la historia y para el tiempo de la poesía.

Alguien podría decir: “cuánta confianza con los muertos”, al ver el encabezado de estos renglones, donde aparecen, notoriamente, los nombres de pila de los dos poetas cuya muerte se conmemora aquí: *Federico y Rubén*. Nunca olvidaré el saludable malhumor, de coloraciones nietzscheanas, del crítico colombiano Rafael Gutiérrez Girardot cuando reprobó la impudicia de un estudioso de Borges al llamar a este “*Georgie*”, nombre con el cual doña Leonor Acevedo, madre del poeta de “Límites”, se dirigía a su hijo, es decir: un nombre “de estar por casa”.

No quiero incurrir en semejante impudicia, desde luego. Yo mismo me he visto en el trance de recomendar a algún comentarista de libros, a algún crítico o investigador, no escribir sobre los autores utilizando el nombre de pila. No: se trata aquí de otra cosa, del todo diferente de esa confianza excesiva y, sí, a veces impúdica. Se trata del puro amor: el experimentado por un lector de a pie, yo, ante el pródigo genio de esos dos, el andaluz y el centroamericano. ¿Cómo no llamarlos así, amorosamente, al menos una vez? No lo hago en el resto de esta columna: los nombres sin los apellidos solamente pueden leerse, verse, en el encabezado titular.

Están allí esos dos nombres como dos banderolas, como dos llamas unidas, entrelazadas. **U**